

Manuel Bartolomé Pérez.

Emigrante zamorano de la década del 20

Dora Isabel Bartolomé Gaita

En los albores de 1924, cuando contaba con 21 años de edad, en compañía de su hermana, Manuel Bartolomé Pérez, abandonaba Sobradillo de Palomares hacia la ciudad de Vigo. Escasamente conocía Zamora. Tentado por las corrientes migratorias hacia América, y teniendo en cuenta la difícil situación económica que afrontaba su familia –en su mayoría labradores– sus deseos de un mañana mejor, y su juventud lo ayudaron a tomar la determinación de embarcarse en dicha ciudad portuaria en pos de la aventura.

Desde muy joven las tareas rurales fueron una constante. Cuidó ganado, ovejas y cerdos y, cada vez que apreciaba la imagen de un pastor, le traían reminiscencias con su pasado.

Manuel Bartolomé Pérez fue una persona introvertida, nunca quiso referirse a su pasado, a tal punto que cuando se le preguntaba el motivo de su partida hacia estas latitudes, siempre invariablemente, guardaba silencio. Quizá soñó alguna vez con ser el primer eslabón para luego motivar a su familia a que viajen a la Argentina.

El viaje a esta parte del cono sur fue tediosa, basta recordar que la travesía marítima demandaba casi dos meses de navegación en condiciones que no eran las mejores. Una epidemia invadió el navío y muchos fueron los afectados por el flagelo, entre ellos su propia hermana que al llegar al puerto de Buenos Aires a las 48 horas falleció.

De allí en más todo se tornó dificultoso....

Sin familiares, sin amigos, toma decisiones y opta por viajar al entonces territorio nacional de La Pampa, hoy declarada provincia, distante a 550 kilómetros de Buenos Aires. En esos momentos el gobierno federal convocaba al trabajo en dicha zona con planes especiales destinados al agro, ganadería y colonización, ofreciendo salarios dignos y otros beneficios para quienes efectuaran las tareas rurales y allí se radicaron.

Corrían los últimos meses de 1924 y Manuel Bartolomé Pérez logra ubicarse en tareas rurales en establecimientos ubicados en localidades pampeanas como Agustoni. Allí lo hace en predios pertenecientes a una familia Canela y posteriormente lo hace tentado en predio de la familia Gaita, grupo originario de Villamor de Cadozos, Zamora, que habían venido hacia unos años a la Argentina, quienes aparte de brindarle un sustento material le brindan algo superior a lo material, que es el afecto y cariño que –obviamente– necesitaba. La expansión de dicha familia hace que se extiendan a otros establecimientos de campo sus actividades y es así como Manuel, mi padre, sigue el mismo derrotero y se instalan en otra localidad pampeana denominada Ingeniero Luiggi.

La relación es estrecha y en 1933 Manuel formaliza matrimonio con María Gaita, mi madre, hija del dueño del establecimiento donde sigue trabajando; un año después de dicha unión nace su primer hijo y al siguiente otra hija, de esta manera comienza a materializarse las primeras raíces en suelo argentino.

Así la vida hogareña se afianzaba pero simultáneamente iban surgiendo graves problemas que afectaban el suelo y por ende a la actividad agropecuaria que hasta ese momento había sido próspera.

La Pampa, provincia vecina a la cordillera de los Andes, región montañosa que nos separa con el vecino país Chile, comenzaba a sufrir los embates de grandes temporales de nieve, fuertes vientos y caída de lava provenientes de volcanes de la zona cordillerana. Ello significó un cambio en las características de un terreno productivo y se transformó en una provincia árida, produciendo la consiguiente caída de fuentes laborales. El campo había dejado de ser negocio por dichas causas y además la caída de precios por efectos internacionales.

Una vez más Manuel, mi padre, toma otra decisión y en compañía de mi madre y pequeños hermanos se trasladan hacia las grandes ciudades en busca de nuevos horizontes. Así se instalan a 60 kilómetros de la capital federal, es decir, la ciudad de Berisso, cuna de grandes establecimientos frigoríficos y curtiembres [sic], que acosados por la demanda mundial ante los aprestos de una inminente guerra, trabajaban día y noche, con todo el proceso para luego desde su mismo puerto, partían hacia las naciones más poderosas.

Si bien abundaba el trabajo, Berisso en ese entonces padecía la carencia de viviendas, y ante la imposibilidad de conseguir un lugar decoroso para instalar a su familia, se traslada a la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires.

Manuel con su espíritu de emigrante no decae y merced a su tesón inicia en los comienzos de la década del 40, una nueva actividad, instala un negocio en el rubro de la verdulería. Ante las dificultades que atravesaba la Argentina en el campo político y económico, con serias desigualdades sociales, y la feroz competencia, la actividad empresarial de mi padre se tornaba dificultosa.

Ya en el año 1944 nace del matrimonio la tercera hija, la menor. Para ese entonces analiza la posibilidad laboral de manejarse en relación de dependencia, y así como transcurren los calendarios, mi padre logra una estabilidad.

Como padre fue ejemplar. Como hombre bueno y bondadoso. Quizá le brindó a su familia todo lo que le faltó a él...

Fue un infatigable trabajador y siempre se preocupó por la formación de sus hijos a quienes, a pesar de las circunstancias difíciles de los años vividos, a los tres le dio la posibilidad de estudiar para enfrentar el futuro.

En el ámbito familiar pocas veces hablaba de sus afectos que habían quedado en España. Sobre el tema era parco, sólo expresaba que algún día viajaría a Zamora para visitar a los suyos, con quién mantenía un intercambio esporádico de correspondencia.

Y es así, que en 1962, llega de esta manera la infausta noticia... Su madre había fallecido.

Este episodio fue un antes y un después, como una bisagra en la vida de mi padre; así se derrumbaron las ilusiones de efectuar una visita a España, ya que no estaban tampoco dadas las condiciones económicas. Con esta noticia también quedaron sepultadas ilusiones de saber algo más de familiares que nos unen a Zamora y como era de prever, esa triste noticia hizo que mi padre no manifestara deseos de seguir escribiendo a España.

Transcurren los años, Manuel logra su merecida jubilación y simultáneamente comienza el advenimiento de sus nietos.

Llegamos así al 27 de mayo de 1983, el corazón, el noble corazón de Manuel dijo basta. Ante sus restos y como homenaje a un digno zamorano que sólo con su trabajo y su conducta de hombre cabal supo, conjuntamente con mi madre, María Gaita, formar una familia que hoy lo recuerda, me comprometí como su hija menor, visitar Sobradillo de Palomares y tratar de establecer contactos para buscar o conocer algún familiar.

Como lo había prometido, en febrero de 1992 viajé, en compañía de mi esposo, a España. Me traslado a León, lugar de residencia de amigos y a



Mi padre haciendo gestiones en la ciudad de Buenos Aires en el año 1926.



La familia Gaita, oriundos de Zamora, en un paseo con automóvil de la época (la foto registra a quien posteriormente fue mi madre María Gaita la primera de la izquierda).

ellos impongo mis intenciones de viajar a Zamora. Nos acompañan, y en Sobradillo de Palomares, conversando con viejos habitantes, logramos enterarnos que mis tíos habían fallecido pero mi círculo familiar no se cerraba, ya que muy cerca de ese lugar reside mi primo José Emilio González Bartolomé.

No puedo describir la sorpresa y alegría que ambos vivíamos en ese momento... así logro enterarme que hay otros primos en Zamora, Luli González Bartolomé y otros cinco que residen en Salamanca, Toledo y Madrid. En minutos estábamos comunicados telefónicamente y con el correr de los días nos fuimos conociendo y como si fuera poco recorrí Sobradillo y otro duro golpe a la emoción, me instalé en la casa paterna, es decir, donde mi padre había pasado sus años hasta viajar a la Argentina.

En la oportunidad conversé con vecinos antiguos que tenían presente el recuerdo de Manuel y como si fuera poco todo ello, y como resultado del intercambio de correspondencia de mi padre, encontré una fotografía mía reflejando mi primera comunión que mi padre oportunamente había enviado.

No guardo fotografías de todos estos momentos pero sí registré todo en una cámara video-filmadora, para luego poder exhibir a mi madre y hermanos, etc., a mi regreso al país, fueron compartidas con curiosidad y alegría al mismo tiempo, ya que siendo su hija menor me sentí artífice de este descubrimiento.

Fue tanta la alegría vivida en esa circunstancia que a partir de ese viaje incrementé mis vínculos, y traté de que muchos españoles radicados en esta parte del continente americano lo tomara como ejemplo. Gestiono la nacionalidad española, cuya dispensa recibo de inmediato. A mediados de los años 90 materializamos en nuestra ciudad el Centro de Castilla y León, siendo fundadora y habiendo desempeñado cargos electivos.

También motivé a mis familiares para que adquirieran la nacionalidad y los conecté con todos los familiares residentes en España teniendo a 13 años de aquel episodio el recuerdo intacto de tanta alegría.

Todo ello lo hice inspirada en el recuerdo de mi padre Manuel Bartolomé Pérez, que a pesar de vicisitudes logró cristalizar una familia.

Hoy debemos tomar su ejemplo que, con casi 20 años de edad, solo, con un bagaje de ilusiones y esperanzas, algunas troncas [sic], supo germinar la semilla y sentó las bases, las raíces, de lo que hoy es una familia con hijos, nietos y biznietos que honran la memoria de ese gran zamorano que fue don Manuel Bartolomé Pérez, vaya para él esta recordación [sic] como merecido y justo homenaje de su hija que pudo cumplir con los deseos de su padre de volver algún día a visitar su terruño.